

El constructor de puentes

Elia Barceló

Y a llevaba bastantes días sintiéndose ridículo. Y no es que no tuviera costumbre. En los últimos años tendría que haberse adaptado a la sensación, ya que, como periodista *free-lance*, había tenido que entrevistar a toda clase de seres extraños sobre los que había escrito artículos para revistas esotéricas que, sin pretenderlo, se habían convertido en su especialidad. Pero ahora, después de varios días de viaje por una región que en su atlas no era más que una mancha blanquecina sin nombres, al cansancio, el calor, la humedad, los insectos y demás molestias del viaje, se había añadido, como un peso aplastante, la sensación de estar haciendo el ridículo buscando algo que ni siquiera a él le importaba.

La redacción de *Beyond*, en su edición alemana, había decidido lanzar un especial fin de siglo dedicado a los constructores y a él le había tocado preparar un reportaje sobre Otto Bauer, un hombre del que nadie parecía saber nada, salvo que en algún momento de principios del siglo XX se había marchado desde Alemania a la zona fronteriza entre Bolivia y Brasil a construir un puente para una compañía prospectora. Parecía existir algún tipo de leyenda en torno a la figura de Bauer, que jamás había vuelto a Europa, pero él no había podido reunir más información y, como *Beyond* estaba dispuesta a pagarle el viaje, había hecho la mochila, se había provisto de suficientes carretes de fotos como para hacerle tres o cuatro a cada indio con el que se topa en el viaje, había empaquetado su

portátil y se había lanzado a la aventura.

No quería ni recordar todo lo que había tenido que soportar para llegar hasta donde ahora se encontraba, en el porche de una cabaña de troncos que dominaba una barranca en las estribaciones de la Cordillera Central boliviana, bastante más al sur de lo que se suponía que Otto Bauer hubiera llegado en su vida.

El viejo, que según le habían dicho era el hijo de Bauer, lo miraba con unos ojos azules que parecían pintados por un niño encima de un rostro moreno y arrugado. Lo miraba, sonreía con su boca sin dientes, y volvía a perder la vista en el verdor de la barranca. Ni siquiera podía estar seguro de que aún entendiera alemán, de que hubiera comprendido quién era él y para qué había ido a visitarlo.

—No se me impaciente, muchacho —dijo por fin en un alemán trabajoso y lento—. Hace mucho que no hablo esta lengua.

El periodista sintió un alivio que a él mismo le sorprendió.

—No hay prisa, tranquilo. Tómese su tiempo. ¿Puedo sacarle unas fotos mientras hablamos?

—Y claro —volvió a sonreír.

El viejo le había ofrecido un vaso de un licor que raspaba la garganta, una especie de chicha casera. Tomó un sorbo y empezó a preguntar mientras hacía las fotos, tratando de que el anciano se acostumbrara al sonido del alemán.

—Usted quiere que le cuente de mi padre. Me alegro. Mi padre fue un gran hombre. Se lo contaré, pero no me interrumpa porque si pierdo el hilo, ya no sé

por dónde ando. Siéntese ahí, tome su pisco a sorbitos, mire *pa* la garganta de ahí abajo y oiga mi historia. La tengo lista desde hace mucho tiempo, aunque le advierto, no me sé ya los nombres ni las fechas, sólo me acuerdo de lo principal.

—Sí, sí —se apresuró a añadir el periodista—. Con eso basta. No se preocupe. Su padre, Otto Bauer, era ingeniero civil, ¿no?

El anciano negó lentamente con la cabeza:

—No, señor, ésa era su pena. Desde chiquito quiso ser ingeniero. La ilusión de su vida era construir un puente. Un gran puente de fierro para el ferrocarril. Pero sus padres eran pobres, tuvo que trabajar desde muy niño, no pudo estudiar. Cuando yo nací, él era obrero metalúrgico en una gran empresa que construía puentes en todo el mundo y eso, a veces, le daba la sensación de estar colaborando en la gran obra. Otras veces no. Otras veces veía pasar a los ingenieros con sus batas blancas y la angustia le mordía el corazón. Mi madre le decía que, cuando nos fueran mejor las cosas, podría prepararse para ser capataz de uno de los equipos de construcción, pero mi madre murió cuando yo tenía diez años. Nadie pudo hacer nada. Se nos fue en unas semanas.

Entonces fue cuando mi padre cambió. Me dejaba algo de comer cuando se iba a la fábrica y volvía ya muy entrada la noche, cuando yo ya dormía. Decía que había empezado a estudiar, que se estaba acercando a su sueño.

Un día me contó que su empresa ha-



RAMÓN TRIGO.

bía recibido un contrato para construir un puente en Bolivia, un puente de fierro por el que debía pasar un tren minero. Él quería estar en el equipo de construcción.

El viejo se interrumpió, se pasó un pañuelo por los labios y continuó su relato. Su alemán se hacía más fluido y ligero a medida que hablaba y sus frases más largas, menos bruscas.

—No lo conseguí. Aunque nunca llegó a decírmelo, creo que indirectamente fue por mi culpa, ya que él no podía dejarme solo en Alemania y tendría que

llevarme consigo. Supongo que la empresa se negó a hacerse cargo de un niño de doce años.

—¿Cuántos años tiene usted, señor Bauer?

El anciano pestañeó contra el sol:

—No sé. Cuando llegamos aquí, en 1910, yo tenía doce.

—¡Más de cien años!

—Eso será.

—Pero, entonces, ¿vinieron de todos modos? ¿Aunque la empresa no contrató a su padre?

—Reunió todos nuestros ahorros y vi-

nimos hasta acá en un buque de carga, el *Falke*, que zarpó del puerto de Hamburgo con destino Salvador de Bahía. —Sonrió de nuevo, una sonrisa luminosa que llenó sus ojos de recuerdos—. Hay cosas que no se olvidan, muchacho.

—Pero... ¿a qué vinieron? ¿Qué quería hacer su padre?

—Construir un puente, ya se lo dije.

—¿Y lo construyó?

—Seguro. Construyó muchos puentes. ¿Por qué cree que le llaman el Constructor? —El viejo sonrió. Una sonrisa traviesa esta vez, que dejaba ver a través

de sus arrugas el pilluelo que debía de haber sido un siglo atrás—. Yo tampoco lo entendía en aquel entonces. Mire, recuerdo como si fuera ahora la primera noche que pasamos acá, tendidos sobre las mantas, mirando estas estrellas que para mí eran desconocidas. El equipo de construcción ya se había instalado más abajo, con sus barracas, con sus ingenieros y sus capataces y los indios que habían ido consiguiendo para los trabajos más duros y peor pagados, gente con la que se entendían a gritos y a golpes, gente que apenas si hablaba su propio dialecto de las montañas.

»Esa noche, frente a la fogata, mi padre me dijo:

»—Hans, tienes que dormir bien porque mañana nos espera un duro trabajo.

»—¿Qué trabajo, padre? —le pregunté.

»—Mañana empezaremos a construir un puente.

»Casi no dormí pensando que mi padre se había vuelto loco. No tenía estudios, no tenía experiencia, no tenía más que sus ilusiones. Si se empeñaba en construir un puente y no lo lograba, eso lo mataría y yo me quedaría solo en un país desconocido.

»Lo que al fin me tranquilizó fue el pensamiento de que mi padre pensaría ofrecerse a trabajar como obrero especializado a la misma compañía que no había querido pagarle los gastos del viaje. Era posible que alguno de los soldados se hubiera puesto enfermo o hubiera muerto durante el viaje. Eso sonaba razonable y me permitió conciliar el sueño.

Por eso fue tan grande mi sorpresa cuando, al día siguiente, en lugar de bajar al campamento, mi padre me llevó hacia arriba, por las trochas, hasta el poblado de la montaña. Y todavía me sorprendí más cuando, una vez allí, con unas palabras extranjeras que yo no había oído nunca, pidió que lo llevaran a la choza del jefe.

Mucho más tarde me contó que aquellas noches en las que yo cenaba solo en casa después de la muerte de mamá, las había pasado en la universidad, pero no en la Escuela de Ingeniería, como yo pensaba, sino en la de Letras, en el departamento de lenguas amerindias, tratando de aprender de aquellos estudio-



RAMÓN TRIGO.

so las palabras que le serían necesarias para el puente que había decidido construir. Un puente entre personas, ¿comprende? No entre dos trozos de monte separados por una barranca, sino algo más grande y más hermoso. Un puente entre gentes.

Ése fue el principio. Aprendimos lenguas y dialectos a lo largo de los años, viajamos a pie, en mula, en piragua, quedándonos con unas y con otras tribus, con pueblos de montaña y gente de los pantanales y clanes de la selva, construyendo puentes, sirviendo de puente para unos y otros, conectando.

Luego también aprendimos a hacer puentes de cuerda y madera en las montañas, de lianas en la selva, de balsas en los pantanos. Pero esos puentes son frágiles, muchacho, cualquier cosa los destruye: un fuego, una crecida, cualquier cosa... mientras que los otros...

Mire, del puente de fierro que construyeron los alemanes ya no queda nada, ¿lo ve? Allá abajo, en la garganta, ya no queda ni rastro. Lo volaron en una gue-

rra, no me acuerdo por qué. Sin embargo los que hizo mi padre siguen ahí, ¿se da cuenta? Usted ha llegado a mi cabaña. ¿No le extrañó que siempre hubiera alguien que conociera algunas palabras que usted necesitaba para llegar acá?

El periodista se quedó perplejo, recordando. Era cierto, a lo largo de su viaje siempre había encontrado a alguna persona con la que poder comunicarse lo bastante como para poder seguir su camino. Pero a él, que venía de Europa, le había parecido natural.

—Lo hicimos nosotros. Fuimos también a las misiones a enseñar las lenguas de la selva y de las montañas a los *padres* que querían ayudar y no sabían cómo, a los niños que servían para estudiar y podrían con el tiempo volver de países lejanos con los conocimientos necesarios para mejorar la vida de los suyos. Uno de ellos, un indio de Vallegrande, consiguió una beca para estudiar en La Paz y de ahí fue a Berlín.

—¿Qué estudió? —preguntó el periodista con la boca seca.

El viejo soltó una risita:

—Ingeniería naval. ¡Figúrese! ¡En un país sin salida al mar! Pero hay médicos. Y maestros. Todos constructores. ¿Quiere que le lleve a la estatua de mi padre? Está ahí atrás. La hicieron nuestros amigos, para honrar su memoria.

La estatua era enorme, tallada en un gigantesco bloque de piedra. Un hombre de pie mirando a la lejanía, con facciones rudas poco personalizadas. Debajo, un círculo de piedra pulida rodeaba sus pies y en él, grabadas en la roca, docenas de inscripciones en lenguas desconocidas. El periodista sólo pudo leer la alemana y algo la española: «Al gran constructor de los únicos puentes que no mueren: Otto Bauer, nuestro amigo».

—Hermosa, ¿verdad? Y ahora me va a perdonar un ratito, joven. Están al llegar los chicos que aprenden portugués.

—Pero usted... aún... a sus cien años...

—Hay que tender puentes, muchacho. Para que pase la amistad. Tómese otra chicha y disfrute del paisaje. Los chicos nos dejarán algo de comer y cuando caiga el día, le contaré más historias.

Este relato apareció originalmente en *Puente 100*, enero de 2000, pp. 16-19, la revista mensual de la Asociación de Profesores de Español de Bélgica.